

EL PUNTUAL

Pau March

Image not found.

Capítulo 1

EL PUNTUAL

O

EL MELONAR

Había sido una semana intensa. Se había celebrado en Madrid, de lunes a jueves, la feria anual del electrodoméstico. Marcos era un ejecutivo medio de la "Miele", y se dedicaba a su venta en grandes superficies, cadenas y comercios; su área de trabajo era la Comunidad Valenciana, liderando un equipo de ventas.

La noche anterior, tras la clausura de la feria, se fueron de cena todos los delegados regionales con la plana mayor: presidente, director comercial, jefe de ventas, etc. Veinte se sentaron en torno a la mesa, y como sucede en estas ocasiones en las que todo lo paga la empresa, cenaron en grandes cantidades y lo mejor de lo mejor: el mejor vino, el mejor jamón, la mejor ternera, champán francés, finos y dulces postres; y ya para acabar, cafés, Chivas y Cardhú a gogó. Al terminar la copiosa y pesada cena continuaron la juerga yendo a parar a una disco de moda hasta las cinco y media de la mañana; a las seis a la cama.

Viernes mañana, diez treinta, suena el despertador. Resacoso y alelado se ducha, se asea, se viste; hace las maletas, se pone el reloj y la pulsera y baja a recepción; liquida la cuenta con la visa de la empresa y se toma dos cafés en la cafetería del hotel. Baja por el ascensor interior al parking, arranca el coche, le da una propina al de la barrera y sale al bullicio de la Castellana. Coches a mogollón, semáforos, peatones, ruidos y gritos; y Marcos con la cabeza como un tambor y pensando: " Tenía que haber venido en avión como hago siempre, pero es que habría tenido que esperar hasta las ocho de la tarde...mierda de combinación! "

Siguió con el coche por la capital, en dirección a la autovía de Levante; con paciencia y atención salió del nubarrón. Ya en la autovía, dejando Madrid atrás, echó mano del móvil y marcó el número de Marta, su mujer. Hizo un rápido cálculo mental: "doce y media... una, dos... cuatro. Sí, a las cuatro" y pulsó el botón.

—Hola Marcos, cielo, ¿acabó la feria bien?, ¿por dónde andas?

—Hola Marta, cariño, acabo de salir de Madrid. A las cuatro estoy en casa,

si no hay retenciones y no pasa nada. ¿Estás en el instituto?

—Sí claro, aquí estoy. Está bien amor mío. Hoy viernes termino a las tres, ya sabes, así que te tendré algo preparado para cuando llegues a las cuatro.

—Como quieras, cielo, pero no te preocupes y no prepares nada, que todavía tengo en la garganta la cena de ayer; fue una gran bacanal, ya picaré cualquier cosa cuando llegue. A las cuatro estoy en casa, un beso guapa.

—Un beso... ¡muacs! ¡Ah! y no corras que no hay prisa. Si llegas a las cinco pues da igual, conduce con cuidado por favor...chao.

—Tranquila, no te preocupes... tranquila, chao... ¡muacs!

Y motivos tenía Marta para decirle a su marido que condujese sin prisa y tranquilo, pues el Marcos tenía una manía, una obsesión, una ridícula fijación con la puntualidad extrema, y si había dicho que sería a las cuatro, a las cuatro tenía que ser, ni antes ni después. A tal punto llegaba esa regla inamovible, esa idea intransigente, que cuando llegaba a una cita diez minutos antes, hacía tiempo fuera y entraba "en punto"; eso le hacía feliz, así de cabezón era él. Es posible que ello se debiera a su trabajo, quizá, a un toc o a sus manías... a saber; la cuestión es que era más exacto que el Big Ben.

Ya por la autovía, despejada y tranquila a pesar de ser viernes, ojeaba Marcos el reloj cada diez minutos, y se aseguraba de que el viaje transcurría en el tiempo programado. En el viaje no hubo retenciones ni accidentes; no pasó nada, ningún problema. A las tres consultó de nuevo el reloj: " Llegaré antes sin duda, me sobra tiempo, pues aprovecharé y le compraré unas flores antes de llegar a casa; sí, eso haré ".

Diez minutos después tuvo que reducir la velocidad, pues se paraban los coches de delante y vio a lo lejos a los agentes de tráfico, que guiaban y dirigían a la caravana.—¿Qué habrá ocurrido? —gruñó Marcos—, con lo bien que iba... ¡joder qué putada! —y dio un manotazo al volante.

Dos kilómetros más adelante estaba volcado un gran camión de transporte cargado de melones, dejando la autovía como un auténtico melonar. —¡Lo que faltaba! —se dijo—, ya me han jodido la hora.

Marcos iba a telefonar a su mujer para informarle del suceso, cuando la policía desvió el tráfico por la nacional. " Pues bueno, no hará falta llamarla—pensó—, le daré más caña al carro y llegaré a las cuatro ". En

eso que sonó el móvil; era Marta:

—Mira tete, que se ha complicado la cosa aquí en el instituto y no podré salir a las tres... ya llegaré... ¿vale? Así que tranquilo y sin prisa.

—Vale nena, descuida, voy bien de tiempo. A las cuatro estaré en casa, hasta luego... chao... "clic".

Pero claro, al viajar por nacional de doble sentido, ya no era fácil que a la velocidad de crucero anterior llegase a las cuatro, por lo que comenzó a acelerar y a adelantar, conduciendo de manera arriesgada. Observaba constantemente su reloj para saber en todo momento el tiempo que restaba... para las cuatro. A pesar de la conversación con Marta, él tenía que llegar, pues eso, ya sabemos... a las cuatro; así de capullo era cuando quería, y así de cuadrada tenía a veces la mollera. Y al final pasó lo que tenía que pasar: en un cambio de rasante adelantó, sin visibilidad y a ciento setenta. Un "Mac" apareció de sopetón por el otro carril, y el Marquitos se estampó y se dio el gran piñazo.

Llegó la ambulancia y la guardia civil; el tráfico detenido, todo colapsado otra vez (ahora por tu culpa y puta manía, iimbécil!). No estaba muy claro si habría sobrevivido, pues el coche era un moco, y él otro. Se haría lo que se pudiera; pendía de un hilo. Lo urgente era cosa de los bomberos: con sus pinzas de cangrejo arrancaron la puerta y lo sacaron como pudieron. Le vieron todo tieso, machacado y abollado. Después los sanitarios, viendo lo que vieron, le estamparon un cuño de "urgente" en la frente, lo metieron en la ambulancia y rápido al hospital más cercano.

Mientras tanto, serían las quince cuarenta, Marta seguía con su trabajo en el instituto; algo extra, nada de importancia. "En veinte minutos terminamos", se dijo. Pasaron los veinte minutos y Marta comenzó a lavarse las manos. Entonces sonaron las sirenas de un coche y una ambulancia que llegaban. —¿Qué pasa ahora? —preguntó Marta, y entraron los operarios portando una camilla cubierta con una sábana ensangrentada. "A ver que tenemos aquí..." pensó. Tiró de la sábana y vio el cadáver de Marcos.

La doctora jefa del instituto anatómico forense de Valencia, doña Marta Vila, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. No pudo evitar ponerse a temblar, y echándose las manos a la cabeza apartó los ojos de Marcos y miró a la pared. En la pared había un reloj que marcaba las cuatro... capullo... en punto... melón.

